

gozaba en su dolor, pero Lorenzo, en cambio, participaba de él. « ¡Esto es un infamia! ¡Es un crimen! gritaba, este no es el cuadro de Guidotto; yo le he visto y puedo asegurar que su colorido era tan perfecto como el dibujo. »

Todos los concurrentes participaron del dolor de Guidotto, pero no se pudo adjudicar el premio á un cuadro en semejante estado.

Examinados que fueron los demas, obtuvo la preferencia el de Lorenzo, que era artista poco conocido; pero al recibir éste el premio, se llegó á Guidotto y ofreciéndosele, le dijo: « Tomad lo que por vuestro mérito hubiérais obtenido si la envidia no hubiese trabajado vilmente contra vos; cifro mi gloria en seguir vuestros pasos, y si en lo sucesivo consigo igualaros, lo deberé á mis nobles esfuerzos, pero jamas á fraudes indignos. »

Tan noble proceder causó el mayor placer á los jueces y concurrentes, por lo que se decidió, á pesar de la resistencia de Guidotto, que éste conservara el premio que le cedia el jóven émulo, adjudicando á Lorenzo otro de igual valor.

ELECCION DE LAS PERSONAS CON QUIENES SE TRATA.

La compañía de los hombres de bien es un tesoro. (*Moralistas orientales.*)

El trato con las personas honradas es lo que mas predispone el alma á las ideas nobles, deshace las dudas y destierra las malas inclinaciones; sus palabras, su vista sola, tiene tal influjo, que penetran hasta el fondo y nos sirven de preceptos. (*Moralistas antiguos.*)

Los buenos ejemplos preparan las almas al bien; de ellos se exhala una emanacion saludable y vivificante; es un aire puro que nos da salud y fortaleza. (LEBRUN.)

Mas vale la soledad que la compañía de los malvados, ó como se dice vulgarmente, mas vale solo que mal acompañado (*Moralistas orientales.*)

Díme con quién andas y te diré quién eres. (*Adagio popular.*)

Las buenas compañías.

Saadi¹, poeta persa, demuestra en el siguiente apólogo el

1. Floreció en el siglo XIII.

benéfico influjo que tiene para el hombre el trato de personas honradas.

« Paseándome un dia, tomé una hoja medio seca que se encontraba á mis piés: despedía un olor agradable que aspiré con delicia: « Tú que exhalas perfume tan suave, le » dije, ¿eres rosa?

« — No, me respondió, no soy rosa; pero he vivido algun tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha llegado hasta tí. »

Las malas compañías.

Un filósofo encontró á un jóven acompañado de otro camarada suyo conocido por sus vicios. Avergonzóse el primero de hallarse en tan mala compañía, y el rubor se mostró en sus mejillas. « ¡Valor, hijo mio! le dijo el sabio, me alegro de ver en tu rostro esa muestra de pudor; pero valdria mas que te acompañases con personas de quienes no tuvieras que avergonzarte ante la sociedad. »

Funestos efectos de las malas compañías sobre la juventud.

Santiago, niño de catorce años, tuvo la desgracia de perder á su padre, quien, si hubiera vivido, seguramente le habria impedido frecuentar malas compañías: su madre no podia vigilarle del mismo modo. Sin embargo, le habia prohibido expresamente que concurriera á una posada que estaba á la salida del lugar, y razon tenia en prohibírsele, porque aquel sitio estaba siempre lleno de muchachos perversos y criados viciosos.

Olvidando un dia la prohibicion de su madre, se acercó Santiago á la posada, y mirando al patio vió un zagal y un mozo de mulas, de poca mas edad que él, que jugaban con cuartos á cara y cruz.

A poco oyó que decia el zagal: « Cuando me puse á jugar no tenia mas que un cuarto y ya tengo ocho, » y al

mismo tiempo hace sonar las monedas en el bolsillo de su chaqueta.

Acordóse Santiago de que tenía en el bolsillo un cuarto que su madre le había dado, y le entró tentación de ponerse á jugar con los otros jóvenes.

Iba á entrar en el patio, pero le detuvo el recuerdo de que su madre le había prohibido ir á aquel sitio, así como jugar dinero.

Mas al fin la tentación triunfó de su voluntad.

Entró, y dirigiéndose al mozo de mulas, le preguntó si quería jugar con él, en lo que consintió el otro; despues de haber jugado por espacio de dos horas, Santiago habia ganado tres cuartos que gastó en cerezas, y se sentó en el banco de la posada para comérselas tranquilamente. En tanto que comia oyó al zagal y al mozo que hablaban entre sí; sus dichos groseros y sus malos modales le disgustaron y le infundian miedo, pues todavía no estaba pervertido.

Pero poco á poco, acostumbrándose á su lenguaje y á sus maneras, concluyó por imitarlos.

Casi todos los dias, en vez de ir á la escuela, se iba al patio de la posada donde pasaba horas enteras; ya no le asustaba el vicio, y se acostumbró á jugar, á mentir y á jurar como los otros. Por la noche decia á su madre que venia de la escuela, y al día siguiente decia á su maestro que habia estado ayudando á su madre en sus faenas. Para colmo de desgracia, trabó íntima amistad con el mozo del pueblo con quien jugó la primera vez, el cual era de los peores del pueblo.

A fuerza de jugar con él, habia llegado Santiago á deberle tres pesetas, que para él eran una suma considerable. El mozo le pedia el dinero con el objeto de ir al otro día á una fiesta que habia en una aldea próxima, donde esperaba divertirse y queria llevarse consigo á Santiago; mas para ello necesitaba dinero y éste no tenia.

Santiago le dijo que pediria prestada esta cantidad á uno de sus camaradas llamado Enrique, que era un modelo de prudencia y buena conducta, á quien por trabajar todos

los jueves en una fábrica, sus padres le dejaban el dinero que ganaba así, y que él iba guardando para comprar vestidos á su hermana el día que hiciera su primera comunión.

Pidió, pues, Santiago las tres pesetas á Enrique, quien no quiso prestárselas, conociendo que era para malgastarlas.

Cabizbajo y entristecido volvió Santiago á contárselo al mozo de mulas, quien montando en cólera le dijo: « Es preciso que me pagues; si Enrique no quiere prestarte las tres pesetas, tómalas sin que él lo sepa, pues tú debes saber dónde guarda su dinero. Toma las tres monedas y pasado mañana las volverás á poner en el mismo sitio, porque mañana jugaremos en la feria y estoy seguro de que ganaremos. »

Esta proposición causó espanto á Santiago, quien contestó: « Sí, yo sé que Enrique guarda su dinero en un tiesto medio roto, en un rincón de la cuadra donde duerme, cerca de una vaca que es de su madre; pero lo que me propones es horrible y no lo haré. »

Burlóse el mozo de sus palabras y ridiculizó sus escrúpulos de tal modo que el desdichado Santiago cayó al fin en el lazo, y se concertaron para efectuar juntos aquella misma noche su odioso atentado.

Así es como las malas compañías pueden conducir á toda clase de crímenes.

A eso de media noche oyó Santiago que llamaban á su ventana con precaución; era la señal convenida. La idea de la acción que iba á cometer le hizo temblar. Se quedó inmóvil, cubrióse la cabeza con las sábanas, hasta que oyó el segundo golpe. Entónces se levanta, se viste, y abre la ventana que estaba casi al nivel de la calle. « ¿ Estás listo? » le dijo el mozo con voz sorda. Santiago no contestó, pero saliendo por la ventana, siguió á su desalmado compañero.

Llegan á la puerta de la cuadra; negras nubes oscurecian la luna en aquel instante, sumiéndoles en espesas tinieblas. « ¿ En dónde estamos? » decia Santiago, que

trataba de afirmar su paso vacilante apoyándose en la pared, « ¿en dónde estás? habla. »

Al decir esto, alargó la mano y el perverso muchacho la agarró. « ¿Es en efecto tu mano? » dijo á Santiago, « está fría como mármol. »

— Vámonos, respondió Santiago, todavía es tiempo.

— Nó, contestó el otro abriendo la puerta; estás ya muy adelantado para retroceder; » y al mismo tiempo empujó hácia la cuadra á Santiago que temblaba de piés á cabeza, y aunque sabia dónde estaba el tiesto, no podia dar con él. Temia sobre todo que despertara Enrique; creia oír á cada momento pasos y voces, y se le helaba la sangre en las venas; por último halló el tiesto y lo llevó á la puerta con todo el dinero que en él habia.

En aquel mismo instante, se desvaneció la nube que tapaba la luna y apareció con todo su brillo el astro de la noche.

« Escapemos cuanto ántes, » dijo el mozo de cuadra arrebataando el tiesto de las trémulas manos de Santiago. « ¡ Santos cielos! exclamó éste, ¿quieres acaso apropiártelo todo? ¿No me has dicho que no querias tomar mas que tres pesetas para devolverlas pasado mañana sin falta? » — ¡Calla! » replicó el otro; y andando siempre sin hacer caso de su camarada, añadió: « si he de ir á una casa de castigo, no quiero que sea por solas tres pesetas. »

A estas razones se le heló á Santiago toda la sangre y se le erizaron los cabellos. Ni una palabra mas se dijeron. Santiago se metió en su cuarto, miéntras que su cómplice se llevaba el dinero. El imprudente muchacho sufrió cruelmente todo el resto de la noche; cada vez que procuraba dormir, se agolpaban á su imaginacion mil cavilaciones y el menor ruido le hacia estremecer; osaba apénas respirar y pensaba que no llegaria nunca el dia; pero cuando amaneció y empezaron á cantar los pájaros, sintióse aun mas desgraciado.

Era un domingo y la campana tocaba á misa. Todos los muchachos del pueblo, con sus vestidos de los dias de

fiesta, llegaban en tropel á la puerta de la iglesia, con la inocente alegría propia de su edad, y Enrique, el mas juicioso de todos, era tambien el mas alegre. No sospechaba el hurto que le habian hecho, porque en cuanto se levantó solo pensó en rogar á Dios, no en ir á visitar su dinero.

En medio de todos aquellos niños tan alegres, solo Santiago estaba triste y taciturno. Enrique se le acercó sonriéndose, y al verle Santiago se puso pálido como la muerte, alejándose, velozmente de su lado para evitar sus miradas.

La idea de su crimen le atormentaba y se figuraba que cada cual podia leerlo en su semblante: le parecia que todos los que pasaban junto á él le miraban diciéndole: « Ese es un ladron. »

A veces queria volver al lado de Enrique y confesarle su crimen, pero la vergüenza le arredraba.

Al salir de misa se fué á la posada y encerróse allí por un instante con su cómplice, que en vano se esforzó en desvanecer sus terrores. Repartiéronse, sin embargo, el dinero, metióse cada uno la mitad en el bolsillo y partieron juntos á la fiesta del pueblo vecino.

Entretanto Enrique, despues de haber oido misa fué á visitar su modesto caudal, y cuando vió que se lo habian hurtado se echó á llorar amargamente. A sus gritos y sollozos acuden sus padres, y Enrique, abrazándoles, les dice: « ¡ Qué desgraciado soy! Me han quitado todo el dinero que habia ahorrado para mi hermana. ¡ Estaba tan contento de ver que lo habia ganado con mi trabajo!... ¡ Esperaba daros este gusto, así como á ella!... »

Todas las personas que salian de la iglesia, se pararon delante de la casa de Enrique y todo el mundo participaba de su dolor. Preguntáronle de cuánto se componia su tesorillo, y él respondió: « ¡ Ay! Consistia en unas piezas de á cincuenta céntimos y de varias pesetas que me daban todos los jueves en la fábrica. A medida que las recibia, me entretenia en grabar en ellas un número con la punta de mi navaja. La primera que recibí lleva el número 1 y así

sucesivamente las demas. Habia cuarenta, que juntas hacian treinta pesetas.

En aquel momento pasó por allí una buena mujer, lechera del pueblo vecino, la cual iba á la ciudad á vender leche; abrióse paso con bastante trabajo, por entre el gentío y dijo á los padres de Enrique:

«¿No están Vds. hablando de unas monedas de cincuenta céntimos que han sido perdidas ó robadas? En este mismo instante acaban de darme una que lleva el número 3. Mírenla Vds. ¿Es esta?»

Y presentó, en efecto, una moneda que Enrique reconoció por suya. Una voz general preguntó á la lechera quién se la habia dado, y ella contestó:

«Aun no hace un cuarto de hora, cuando entré en el pueblo, hallé á dos muchachos al volver de una esquina; iban tan atolondrados que tropezaron conmigo y me hicieron caer un cántaro de leche. A mis gritos y reclamaciones, contestó el mayor con injurias, pero el mas jóven, sacando una moneda, me la dió y ámbos se alejaron corriendo. Dejélos ir, porque la moneda que me dieron es poco mas ó ménos el precio de la leche que derramaron.

Preguntaron entónces todos á la lechera: «¿Conoceis á esos muchachos? ¿Habeis visto donde se dirigen?»

— Conozco al mayor; lleva una chupa encarnada y es el mozo de cuadra de la posada, pero no sé quién es el otro. Han echado por el camino del pueblo donde hay una fiesta hoy, y si correis los alcanzareis pronto.»

Nadie dudó que aquellos dos muchachos fuesen los ladrones y todos admiraban y bendecian á la Providencia, que permitió que se descubriese tan pronto á los culpables. Ocho ó diez mozos echaron á correr en busca suya y los demas habitantes del lugar se quedaron al lado de Enrique, mirando todos hácia el paraje por donde presumian que traerian á los raterillos. En efecto, al cabo de media hora varias personas que se habian adelantado volvieron gritando: «¡Ahí están! ¡ahí están!»

Casi al mismo tiempo llegaron los mozos arrastrando

por fuerza al de la chupa encarnada, que luchaba en vano contra ellos, y á Santiago que les seguia cabizbajo, sollozando y la cara medio tapada por la gorra calada hasta los carrillos. Por mas que sollozaba, nadie le conoció hasta que le quitaron la gorra. Enrique, al verle, prorumpie en un grito de dolor, y el arrepentido Santiago cae de rodillas confesando con voz ahogada por el llanto su delito con todas las circunstancias.

Todos le compadecian sin disculparle: «Tan jóven y ya delincuente, decian. ¡Desgraciado! ¿Quién te ha inducido á cometer una accion tan baja? ¡Las malas compañías!»

Los padres agarraban á sus hijos de la mano y estrechándoles contra su corazon, exclamaban: «¡Loado sea Dios! ¡Nuestros hijos no son culpables! Mirad, niños, lo que resulta de juntarse con los malos!»

Registraron á los ladronzuelos y hallaron en sus faltriqueras las monedas hurtadas, ménos la pieza de cincuenta céntimos que la lechera habia recibido y dado á Enrique. Éste queria que perdonasen á Santiago, pero el alcalde no quiso: «Mas vale, decia, que vaya ahora á una casa de correccion, para evitar que le envíen mas tarde á presidio.»

El mozo de cuadra, aunque sumamente abatido, trataba de defenderse echando toda la culpa á Santiago y sosteniendo que era él quien le habia inducido á cometer el hurto; pero nadie le creia. Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, fué sentenciado á cuatro años de cárcel. A Santiago le metieron en una casa de correccion, donde permaneció dos años; al cabo de este tiempo volvió al pueblo muy enmendado, se condujo en lo sucesivo siempre bien, y mereció que Enrique le devolviera su amistad.

INSTRUCCION, ESTUDIO.

Si reservais, cada dia, algunos ratos para la lectura, sin que la distraiga ninguna otra diversion ó negocio, os admirareis de los progresos que habreis hecho al cabo del año. (B.)

El estudio disipa el fastidio, distrae de las penas, calma el dolor y anima y acompaña en la soledad. (SEGUR.)

Si el divertirse es un bien, el instruirse lo es todavía mayor. La lectura, que reúne estos dos beneficios, se parece á un fruto delicioso y nutritivo á un mismo tiempo.

Los buenos libros son la esencia de los mayores talentos, la flor de sus conocimientos y el fruto de sus largos desvelos; el estudio de una vida entera puede recogerse en algunas horas, y es un gran socorro.

Los libros son para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. (Varios autores.)

Petrarca ¹.

Los amigos de Petrarca le escribían frecuentemente para disculparse por qué no iban á verle: «¿Cómo hemos de vivir contigo? le decían, ¡la vida que llevas en Vaucluse es tan extravagante! En invierno te quedas en tu rincón como un buho y en verano no haces más que correr por los campos.» Petrarca, riendo de estas observaciones, respondía: «Esa gente mira como un bien supremo los placeres del mundo y no concibe que uno se aparte de ellos. Pero yo tengo amigos cuyo trato es muy amable para mí, amigos de todos los siglos y países, que se han ilustrado en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias ². Con ellos no tengo que incomodarme para nada y están siempre á mi disposición, pues les mando venir y les despido cuando me place. Léjos de importunarme, responden á mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de los siglos pasados y otros me revelan los secretos de la naturaleza; éste me enseña el modo de vivir y morir bien y aquel calma mis enojos con su jovialidad. Hay también algunos que endurecen mi alma contra los sufrimientos, enseñándome á despreciar mis deseos y á soportarme á mí mismo; en fin, me llevan por la senda de la ciencia y de las artes, satisfaciendo todo cuanto necesita mi pensamiento. En

1. Célebre autor italiano que vivía ordinariamente en Vaucluse, cerca de Aviñón, donde los papas tenían entonces su residencia. El valle de Vaucluse, donde hay una hermosa fuente, ha dado su nombre al de-

partamento. Petrarca murió en 1374.

2. Fácilmente se comprende que Petrarca designa así á los autores de cuyas obras se componía su biblioteca.

cambio de tantos favores, no piden más que un modesto cuarto donde se hallen al abrigo del polvo. Cuando salgo, me los llevo conmigo por las sendas que recorro, y la tran-



Petrarca.

quilidad de los campos les gusta más que el bullicio de las ciudades.» No es, pues, extraño que Petrarca cayese enfermo cuando cesaba de leer ó de escribir ó cuando no podía meditar sobre las lecturas en los valles solitarios junto á una fuente cristalina, sentado en una roca ó en la cuesta de la montaña. En el curso de sus frecuentes viajes, estudiaba y escribía en cualquier parte donde se paraba. Uno de sus amigos, que era obispo de Cavillon, temeroso

de que el ardor con que trabajaba el poeta acabase de arruinar su quebrantada salud, le pidió un día la llave de su biblioteca. Dióselo Petrarca sin preguntar á su amigo para qué la quería. El buen obispo encerró en esta biblioteca libros y escritorios, diciéndole: « No se trabaja aquí en diez días. » Prometió Petrarca obedecer, no sin un violento esfuerzo. Halló tan largo el primer día, que creyó que nunca acabaría; en el segundo tuvo un continuo dolor de cabeza, y al tercero hubieron de devolverle la llave.

Bossuet ¹.

La aplicación de Bossuet al estudio era increíble. Todas las noches dejaba encendida una vela á su lado, y después del primer sueño, que solía durar cuatro horas, se levantaba, aun en medio de los fríos mas rigurosos, rezaba sus oraciones y se sentaba en seguida á su bufete para trabajar, hasta que no pudiendo mas, se volvía á acostar. Siguió constantemente este género de vida, aun en sus viajes, hasta una edad muy avanzada.

Así fué como este gran prelado, sin dejar de cumplir con los importantes deberes que tenía á su cargo, llegó á componer tantas y tan hermosas obras, y adquirir al propio tiempo una erudición tal, que con dificultad se concibe cómo pudo leer todo lo que aprendió y escribir lo que compuso.

La Luzerne ².

Otro ilustre prelado, el cardenal de la Luzerne, no fué ménos notable por su incansable pasión por el estudio, pues hasta la edad de ochenta años continuó instruyéndose y componiendo al mismo tiempo obras muy útiles. Conservó toda su vida la regla del seminario, levantándose

1. Obispo de Meaux. Fué uno de los prelados mas grandes y uno de los escritores mas ilustres que ha habido

en Francia. Murió en 1704.
2. Murió en 1821.

todos los días á las cuatro de la mañana, sin encender nunca lumbre por mas frío que hiciese, y empezando á trabajar inmediatamente. Ni en el destierro, ni en viaje interrumpió jamás esta útil y enérgica práctica.

Sofía Germain.

Esta mujer llegó á colocarse por su amor al estudio entre los primeros matemáticos del siglo XIX. En medio de la intranquilidad á que daba origen la revolución francesa y que preocupaba el ánimo de su familia, quiso Sofía, aunque solo contaba catorce años, crearse una ocupación activa y consecuente para precaverse contra sus temores sobre el porvenir. La casualidad puso en sus manos una obra intitulada: *Historia de las Matemáticas*, donde leyó la relación de la muerte de Arquímedes ¹, á quien ni la toma de Siracusa, ni la espada del soldado levantada sobre su cabeza, pudieron distraer de sus meditaciones. La niña hizo al punto su elección, y sin otro maestro ni mas guía que un tratado elemental de matemáticas que encontró en la biblioteca de su padre, se puso á estudiar con ardor esta ciencia, superando todos los obstáculos que su familia opuso al principio á un gusto que no parecía deber convenir ni á su edad, ni á su sexo.

Levantábase Sofía á media noche con un frío tan riguroso que la tinta llegó á helarse en el tintero: entonces trabajaba abrigada con las mantas de la cama y á la luz de una lamparilla, pues, para obligarla á que descansase, la quitaban la lumbre del cuarto, sus vestidos y las velas. Por último, en vista de su decidida vocación, cesaron de violentarla, y Sofía Germain llegó á ser famosa por su talento en las matemáticas, en las cuales ganó varios premios concedidos por la Academia de ciencias. Murió en 1831.

1. Gran matemático de la antigüedad. Estaba tan absorto en el estudio, que cuando los romanos tomaron por asalto á Siracusa (212 años ántes

de J. C.), donde él se hallaba, ni siquiera notó la entrada de los enemigos.

Adriano Florent.

A mediados del siglo xv, distinguíase entre los estudiantes de la Universidad de Louvain, ciudad de Bélgica, el joven Adriano, hijo de un tejedor de Utrecht, en Holanda.

Estudiaba Adriano con una perseverancia infatigable. A veces sus ojos apesgados y su cuerpo rendido de cansancio, le obligaban á interrumpir sus tareas; pero el amor al estudio reanimaba en breve sus fuerzas. Ansioso de toda clase de instruccion, iba á adquirirla á las fuentes de todas las ciencias.

Los maravillosos adelantos del joven Adriano, no tardaron en excitar los celos de los demas estudiantes, sobre todo de los mas ricos y ménos aplicados.

A poco se descubrió que cada dia, al anochecer, salia furtivamente Adriano de la Universidad y que tomando constantemente una misma direccion, no regresaba jamas sino despues de media noche. Tambien notaron que inventaba siempre algun pretexto para que sus condiscipulos no le acompañasen en sus excursiones.

Una noche algunos de ellos le siguieron lisongeándose con la idea de hallarle culpable de algunos graves desórdenes; pero notando él que le seguian, pudo burlar la curiosidad de sus enemigos. Estos continuaron paseándose por la ciudad, esperando que alguna feliz coyuntura les haria descubrir las huellas del que buscaban. Como era ya cerca de media noche, les ocurrió visitar ántes de retirarse los alrededores de la iglesia de San Pedro, no con la esperanza de hallarle, sino para que su exploracion fuese completa.

Al llegar cerca de la iglesia, que es uno de los edificios mas hermosos é imponentes de los Países-Bajos, un estudiante dice de repente á sus compañeros: « Deteneos, que si no me engaño, veo bajo el pórtico una figura humana que permanece inmóvil junto á una lámpara. » Diciendo esto se adelanta poco á poco hácia el bulto que llamaba su curiosidad, seguido de sus compañeros, y al débil resplan-

dor de una lamparilla que ardia bajo el pórtico de la iglesia, perciben á un hombre inclinado sobre un libro. Un ligero reflejo de la lámpara alumbraba su rostro, que estaba pálido y cansado: « ¡Es Adriano! » exclaman á un tiempo todos, y en efecto era él. Al verse sorprendido, alza la cabeza y se pone encarnado como el carmin, pero serenándose en breve adelantóse hácia sus camaradas y les dijo: « El misterio está aclarado, puesto que ya lo sabeis todo; soy muy pobre para comprarme una vela y de cuatro meses á esta parte continúo mis estudios aquí ó en la esquina de una calle ó en cualquiera otra parte donde hallo luz. — ¿Pero, cómo puedes soportar el frio? ¿Cómo no te has helado? » le dijo uno de sus compañeros. Sonrióse Adriano, y tomando con su mano ardiente la de su condiscípulo: « ¿Tengo frio? le responde; y poniendo luego esa misma mano sobre su corazon: aquí hay algo, dijo, que arrostra el frio lo mismo que vuestra burla. » Nadie osó hacer mofa de él; muy al contrario, el odio y la envidia desaparecieron dejando el puesto á una sincera amistad.

Pueden leerse los detalles de su vida en los anales de su país, y se verá que, gracias á su talento, fué elevado al cargo de vice-canciller en aquella misma Universidad donde entró pobre y sin amparo. Despues fué nombrado preceptor de Carlos V, emperador de Alemania y rey de España; mas tarde su discípulo, agradecido, le nombró primer ministro de España, y por último fué electo papa bajo el nombre de Adriano VI. Murió en 1523.

El Pastor de Ettrick.

Jaime Hogg, conocido con el nombre del pastor de Ettrick, villa situada en el condado de Selkirk, en Escocia, es un poeta muy estimado en Inglaterra. Empezó á estudiar á los veinte años, y hasta entónces no habia aprendido á leer ni á escribir; pero la buena voluntad, unida al trabajo, venció todas las dificultades. Su juventud fué pobre y miserable por haberla pasado apacentando los ganados